
MISTERIOS DE RUSIA.

Difícil comprender política tan oscura como la política de San Petersburgo á los míseros mortales imposibilitados de todo ingreso en los palacios autocráticos. Ó el despotismo no tiene explicacion alguna posible, ó se explica por la superioridad incontestable de un hombre ó de una familia sobre su tiempo y sobre su pueblo. De aquí la oposicion radicalísima entre el despotismo y las asambleas populares en cualquiera de sus grados; pero tambien la oposicion radicalísima entre el despotismo y la dictadura en cualquiera de sus manifestaciones. Si el déspota convoca cualquier Asamblea, reconoce la superioridad de una clase ó de un pueblo, y está perdido; si el déspota declina su poder omnímodo en cualquier persona, bien puede asegurarse que ha traspasado el despotismo. Estos poderes absolutos, ó se heredan, como el de Alejandro II, ó se

adquieren, como el de Napoleon I, por razones personales; y de todas suertes se conservan y se vinculan necesariamente en una personalidad, más ó ménos digna de ejercerlos. Pero remitirlos á manos ajenas, despues de tenerlos largo tiempo, ¡ah! equivale á renunciarlos. El despotismo, gobierno patriarcal segun sus más ardientes apologistas, se ha fundado, se funda, se fundará, en la omnímoda superioridad del patriarca.

No comprendo cómo el czar Alejandro ha erigido la dictadura misteriosa del príncipe Loris Melikoff. Ó este gobernante le supera y le vence en autoridad y en fortuna, ó no. Si no, su nombramiento es inútil; y si le supera, él será tarde ó temprano el czar. Por el método escogido ahora en el atribulado Petersburgo se llega pronto á esas dinastías de mayordomos de palacio, que sustituyen á las dinastías hereditarias, como los carlovingios sustituyeron, por la usurpacion de Pipino, á los reyes legítimos de Francia. Por análoga suerte se alzó la dinastía de los Romanofs, cuyo nombre lleva el emperador Alejandro, allá por los años primeros del siglo décimoséptimo. Verdad que no usurpó; verdad que debió su exaltacion á general movimiento de los moscovitas, desesperados de sus dolores y decididos á salvarse por una de esas intuiciones milagrosas que iluminan súbitamente á los pueblos;

pero verdad también que los Romanofs jamás sustituyeran á los infelices descendientes de Ivan el Terrible, si no mostráran una serie de servicios en la Historia, que ciñera naturalmente una diadema de recuerdos en las sienes de sus príncipes. Líbrese el Czar de que un hombre como Melikof pueda, favorecido de la fortuna, pensar en la fundacion de una dinastía, cosa más fácil de lo que á primera vista parece, en pueblos primitivos, perturbados por la electricidad de la revolucion radicalísima. El ánimo y el entendimiento ménos cavilosos adivinan con facilidad que, si Melikof resulta desgraciado, la responsabilidad recaerá sobre el Czar, que lo ha elegido; y si afortunado, la gloria irá sobre él, que ha sometido la fortuna. Bien para la política de fuerza, ó bien para la política de reforma, precisaria la presencia del Czar, primer motor y primer responsable de todo cuanto sucede en Rusia. Todavía la tradicion, la Historia, el derecho antiguo, la autoridad heredera, pueden amortiguar un tanto los errores y los excesos del despotismo; pero un general escogido á la desbandada, elevado por los impulsos del miedo, con un poder no bien definitivo, dictador sobre un autócrata, resulta el ejemplar más extraño y más incalificable de todos cuantos ha podido producir en su ciega actividad la política moderna. Si hay necesidad de resistir,

resístase en nombre del Czar, que representa la personificación del derecho; si hay necesidad de conceder, concédase en nombre del Czar, que debe recabar toda gloria allí donde quiere imponerse á todas las generaciones. Pero omnipotente autocracia rematada por transitoria dictadura deroga de tal suerte las ideas más admitidas en las ciencias y en las prácticas políticas, que parece triste pesadilla de un cerebro enfermo. Bien sé que el príncipe Loris tiene historia sin mancha, cuenta triunfos sin nombre, administra en sus respectivos gobiernos sin arbitrariedad, prepara innovaciones sin apresuramiento, lleva en el recuerdo de su abnegación durante las pestes que ha combatido, una aureola de heroísmo y de martirio, propia para dar autoridad á sus pensamientos y para revestir de cierto carácter sagrado á su persona; mas en todos estos títulos puede y debe ver ese Czar, que abdica y desaparece, graves peligros para su propia dinastía. Desgraciado estuvo en la designación de las personas que debían moderar las conspiraciones. El general Gurko, á quien diera el gobierno de Petersburgo, sólo acertó á organizar en guardia los simones, y en policía los porteros, mientras el férreo general Totleben, especie de tártaro sangriento, encargado de varias provincias, les ha infligido castigos tan bárbaros como aquellos de

los antiguos conquistadores á los pueblos conquistados, exacerbando cada día más los ánimos, y produciendo la continua explosión de sus nuevos atentados. En su desventura, podrían resultarle al emperador Alejandro tan dañosas las elecciones felices como las elecciones infortunadas, y tan peligroso Melikof como Totleben ó Gurko.

La situación del Czar no ha de prolongarse mucho tiempo. Circuido por un ejército que no puede guardarle, y por una policía que no puede precaverle de tanta tentativa de asesinato como amenaza diariamente á su persona; obligado por las leyes más rudimentarias del instinto de conservación á blindarse como los buques ó como los cañones recientemente descubiertos; sustituido muchas veces en sus viajes y paseos, para esquivarse al peligro, por un maniquí de pintor ó por un caballero de la corte; asaltado de mortal melancolía al ver cómo concluye en la impopularidad y entre universales maldiciones gobierno comenzado bajo tan risueños auspicios, llega á la peor y más peligrosa de las situaciones, á la de aquellos condenados á no saber qué resolución tomar; tristes juguetes de la casualidad y del destino. Lo sucedido últimamente con el asesinato de Melikof debe advertirle de su falsa situación é impulsarle á resoluciones supremas. Cegado sin duda por la impaciencia, corre el fanático á cla-

var un puñal en las entrañas del dictador con esa decision que caracteriza á los suicidas. Frustrada su tentativa, muere mostrando el cartel de los reos de Estado, como pudiera mostrar un patrio sus blasones, y subiendo á la horca como pudiera subir un rey á su trono. Y en las incidencias de este drama se descubre que Melikof prepara y madura reformas; descubrimiento tras el cual sobreviene misterioso anuncio de suspension á todas las tentativas y á todas las maniobras contra su omnipotente persona. Si esto prueba que la resistencia cede, que la reforma llega, que el nuevo régimen surge, debiera el Czar recoger para el término de su reinado la gloria de establecer el régimen constitucional, como recogió para el principio la gloria de fundar la emancipacion de los siervos. Toda vacilacion de cualquier género en estos momentos traerá una deshonra indeleble para su nombre en la Historia, y una ruina inevitable para su familia en el trono.

La situacion de Rusia, que embarga naturalmente el ánimo de Europa, engendra libros sobre libros, los cuales procuro leer en los momentos de vagar, permitidos por más apremiantes ocupaciones y por más elevados estudios. Sobre mi mesa tengo dos, uno inglés y otro italiano, que nada nuevo añaden á cuanto en mis cartas os he dicho. Interesan á Rusia, no sólo á causa del ma-

ravilloso espectáculo que ofrece una sociedad cuasi asiática, asaltada por una revolucion ultra-europea, sino por la coincidencia de haber pasado los primeros meses de mi emigracion, allá el año de 1866, en una sociedad rusa, que habitaba á las orillas del lago de Ginebra, y en cuyo seno encontré consuelos no borrados de mi corazon, y enseñanzas no olvidadas de mi memoria. Aun recuerdo la casita de Pré l'Evêque, toda ceñida de enredaderas y madre selvas, á cuyas puertas crecian seculares álamos de ramas gigantescas, entre las que brillaban las cúpulas doradas de la recién construida iglesia moscovita. Aun recuerdo el gabinete donde tres distinguidas jóvenes, de la instruccion más variada que he conocido y más profunda, despues de escanciarme aquel té célebre de China, traído por las caravanas y hecho en una colosal tetera, semejante á nuestros aguamaniles de Andalucía y de Valencia, tocaban al piano con maestría y sentimiento sonatas de Chopin, ó traducian á libro abierto en correcto frances versos de Lermontoff y de Pouchine; despues, elevándose poco á poco en la conversacion, pintaban cuasi de relieve aquella sociedad de apariencias imperiales, minada toda por los trabajos tenaces de pensadores ultra-comunistas. ¡ Cuántas veces vi pasar á mis ojos, admirablemente dibujados, los tipos del esbirro ruso,

del estudiante radical, de las jóvenes revolucionarias, de los conspiradores socialistas, de los escritores eslavófilos y de los escritores revolucionarios! ¡Imaginaos qué impresion dejaría en mi exaltado sentimiento, cuando á los treinta y tres años visitaba por vez primera extrañas tierras, aquella sociedad tan apartada de la nuestra en ideas, en sentimientos, en religion, en costumbres, en todo cuanto constituye la esencia de la vida! Debo decir, en verdad, que cuanto me dijeron y anunciaron se ha ido confirmando por el trascurso de los años y por el desarrollo de los acontecimientos. La revolucion socialista ha tenido su primer apóstol en Hertzen; su segundo apóstol, en Ogareff; su organizador, en Bakounine; su más intencionado profeta, en Tcherniserski, literato y economista á un mismo tiempo, hoy todavía desterrado en Siberia, donde purga el enorme crimen de haber escrito algunas novelas revolucionarias y de haber proyectado una Enciclopedia de ciencias filosóficas y sociales. El nombre de la secta más revolucionaria se debe al escritor Tourgueneff, que llamó nihilista al personaje principal de una de sus principales novelas, llamado Bazaroff. Y las legiones de esta dogmática nueva se reclutan con especialidad en los jóvenes de las familias más distinguidas y en los estudiantes de las universidades más célebres de

Rusia. De esta suerte ha podido formarse ese Apocalipsis, en el cual late la ruina de un mundo mezclada con el vagido de otro. Todas estas ideas han extendido en las conciencias y en los aires esos celajes arrebolados, entre cuyos matices vuelan los ángeles exterminadores, caballeros en sus monturas fantásticas, que destilan sangre, y relucen las ciudades comunistas de lo porvenir, llegando, como la tierra prometida al judío esclavo de los Faraones en Egipto, con sus perfumados rios de leche y miel. No se puede aplicar el oído á la tierra rusa sin oír los estremecimientos del terremoto, ni al corazón de los rusos sin oír los latidos de la revolucion. Sus ideas son lógicas consecuencias de las doctrinas más extravagantes; pero por la equivocacion de sus ideas no pueden juzgarse los sentimientos de estos innovadores, que tienen decidida vocacion al heroismo y al martirio.

¡Caso raro! Los dos filósofos que más influencia han ejercido en la juventud socialista rusa no son dos filósofos avanzados, sino todo lo opuesto; dos filósofos conservadores, y aún reaccionarios en política. Sobre los primeros nihilistas ejerció grande influjo Hegel, y sobre los segundos nihilistas ejerce hoy grande influjo Schopenhauer. Lo comprendo respecto al primero, porque, si bien, al llegar á las consecuencias prácticas de sistema,

sostiene la monarquía representativa, en la metafísica, en la parte esencial, aquella idea que se mueve en eterno movimiento, produciendo la Naturaleza y sus fuerzas, el Estado y sus leyes, el arte y sus inspiraciones, la ciencia y sus verdades, aquella idea eterna constituye y constituirá siempre la gran filosofía del progreso. Pero la filosofía de Schopenhauer es la individual genialidad de un atrabiliario, que en la tierra ve una sucesión de generaciones sacrificadas, y en el universo los inmensos dominios del mal y de la culpa. Esa filosofía, tan pesimista en metafísica, es mucho más pesimista todavía en política, y combate con sin igual encarnizamiento la revolución como medio y la democracia como fin de la política moderna. Jamás se han dicho del Estado republicano, del sufragio universal, de la emancipación democrática, las blasfemias dichas por el violento y atrabiliario Schopenhauer. Un filósofo de tal naturaleza ¿puede ser el filósofo de la emancipación de una raza? ¿No prueba todo esto que el exceso de despotismo ha llevado la democracia rusa al exceso de demagogia, y que el exceso de demagogia les ha llevado también a la terrible monomanía del suicidio?

La estruendosa y terrible alarma producida por los armamentos desproporcionados y rápidos de Alemania comienza en bastante grado á sere-

narse. Olvídense las ficciones, aunque recientes, de la futura batalla de Varsovia; olvídense los artículos amenazadores de la *Gaceta del Norte*; olvídense las maniobras para separarse de Rusia y unirse al Austria; y comienza todo el mundo á comprender que tales vueltas y revueltas obedecían á un plan de estrategia en apariencia, dirigido á subvertir hoy los ánimos, y en realidad á obtener mañana la votación unánime en el Reichstag de las abrumadoras leyes militares. La Comisión se ha reunido, y el proyecto ha pasado sin ninguna enmienda; y desde que la Comisión se ha reunido en paz, y el proyecto ha pasado sin enmienda, el iris tiende sus matices sobre el agitado oleaje de la encrespada Europa. Diez y nueve mil reclutas más que en las antiguas quintas dará hoy Prusia, y el Canciller pretende que con este aumento, demasiado por el ascenso de la población, sólo tendrá Alemania nueve regimientos más que Francia, y treinta y uno menos que Rusia, para el caso de un próximo conflicto. Sin embargo, los entendidos en achaques militares suponen la estadística prusiana omitiendo cincuenta y ocho baterías suplementarias, muchos batallones de reserva, otros llamados cuartos de campaña, y varios dispuestos á movilizarse en cuanto asome el más ligero anuncio de guerra. Aparte estas cifras poco tranquilizadoras, ciertas

inquietudes nerviosas del receloso y precavido Cancellor han comenzado á calmarse. La última negativa de la República francesa, tan fundada en razon y tan previsora para lo porvenir, á la entrega del regicida Hartman ha venido á resfriar las ántes ardorosas simpatías de Francia por Rusia y de Rusia por Francia. El gobierno frances ha hecho lo debido; primero, porque la personalidad de Hartman no estaba suficientemente justificada; segundo, porque el crimen no era conocido en toda su claridad para juzgar y proceder con arreglo á justicia; tercero, porque no existe tratado de extradición alguno entre las dos potencias; cuarto, porque áun suponiendo el reo conocido, el crimen patente, la sentencia justa, los principios de derecho internacional protegen con escudo incontrastable la delincuencia política en todas las naciones del mundo, y no puede consentir en dar el huésped amparado en la equidad universal, en las seculares costumbres públicas. Hay quien dice que el príncipe Orloff prometiera irreflexivamente á su Gobierno la extradición, y al ver desmentida su promesa, se airára fuertemente hasta pedir su retirada de París, donde no podría continuar en paz. No creo que los intereses diplomáticos permanentes de las naciones se sacrifiquen así á los arrebatos transitorios de un momentáneo disgusto. De todas suertes, este

incidente ha cambiado mucho los ánimos en Prusia, porque se ha reunido con una carta del papa Leon XIII al Arzobispo de Colonia, en la cual declara que consentirá la prévia notificacion de los curas elegidos por los prelados á la autoridad civil y laica; declaracion que yo esperaba de la alta sabiduría de Su Santidad, que corresponde al proceder seguido con Francia y con Bélgica en las últimas dificultades, y que calma los ánimos y tranquiliza, en bien de todas las conciencias, prometiendo una era de libertad religiosa muy necesaria despues de tantas agitaciones, y una reconciliacion entre la Iglesia y el Estado, que facilite y asegure las lentas, pero progresivas, trasformaciones del derecho moderno en nuestra Europa.